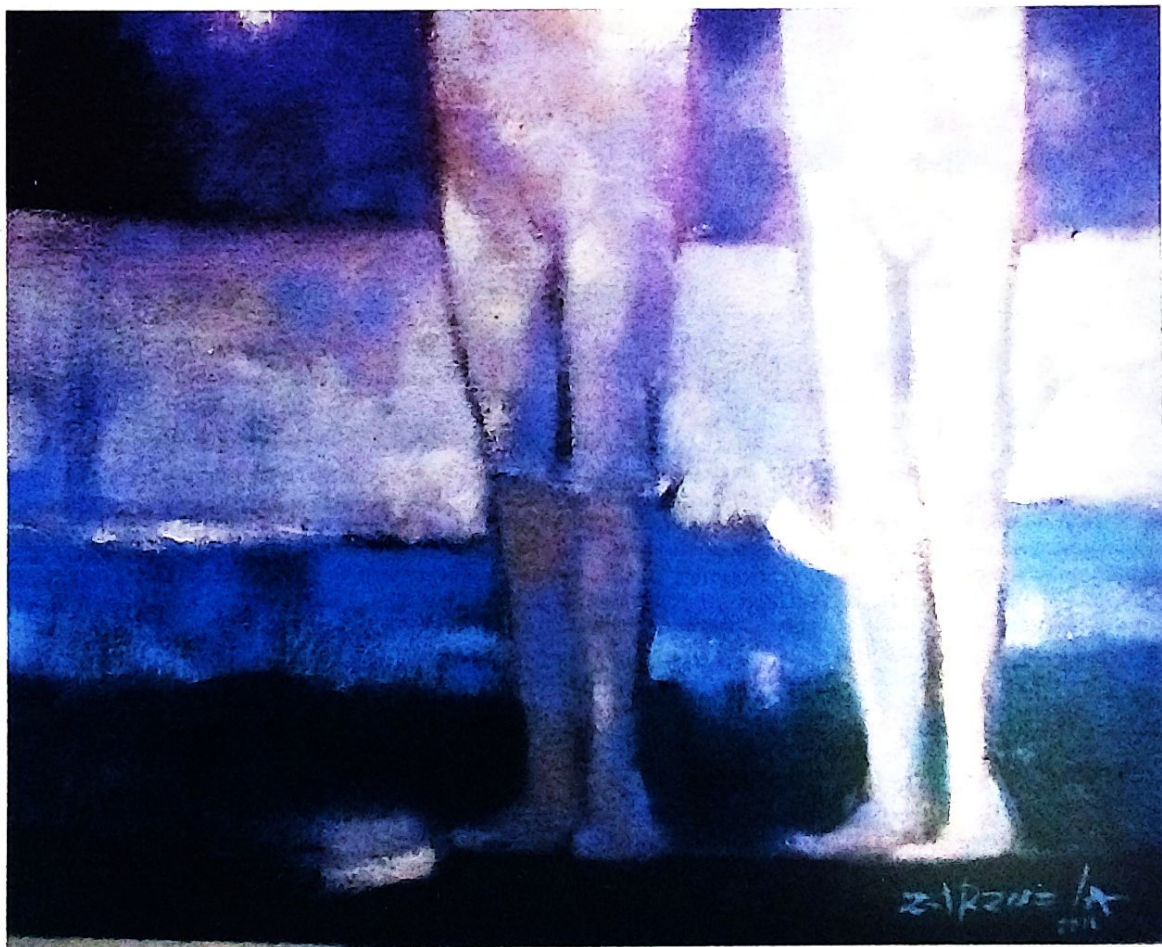




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Teilhard Chardin • Benjamín Chávez • Tambor Vargas • Isabel Allende • Freddy Zárate
Luis Fuentes • Luz Aparicio • Alfonso Gamarra • Eric Blom

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XX n° 505 Oruro, domingo 30 de septiembre de 2012





Sauna. Óleo sobre tela 60x40
Erasmo Zarzuela

Religión única

¡Lo que va a vivir nuestro siglo es más importante que la aparición del budismo! No se trata ya, de ahora en adelante, de destinar las facultades humanas a tal o cual divinidad. En nosotros sufre una crisis definitiva el vigor religioso de la tierra: *la crisis de su propio descubrimiento*. Empezamos a comprender, y para siempre, que la única religión aceptable para el hombre es la que le enseñará ante todo, a conocer, amar y servir apasionadamente al Universo del cual es el elemento más importante.

Pierre Teilhard de Chardin S.J. Francia, 1881-1955. Religioso, paleontólogo y filósofo.



el duende

director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



Fragmento de novela inédita

Para cuando la orquesta interpretó *Destacamento III*, la hermosa cueca de José Lavadenz y penúltimo número del programa, tú y yo ya sabíamos, en líneas generales, lo ocurrido en nuestras vidas en los dos últimos años. Aquella fría noche de invierno, un encuentro fortuito en la puerta del teatro, nos había puesto a conversar sobre muchas cosas y comenzó a dibujarse, tímidamente, la primera línea de un paisaje que, en las siguientes semanas, se enriquecería hasta bosquejar todo nuestro horizonte.

Juntados por tan distinta mano de la misma baraja del destino, no cupo, al menos para mí en aquel momento, sino disfrutar su azar y ese resquicio de humor que terminaba por juntarnos después de algunos encuentros y sitios compartidos, en los que habíamos permanecido indiferentes uno del otro. Pero ahora no, algo, no sabía bien qué, había diluido las distancias y, pocos días después, con toda naturalidad, continuamos aquella conversación contemplando el mágico manto de la tarde que cubría la ciudad desde la cima de una montaña.

Lentamente las horas empezaron a girar en torno al eje de nuestros encuentros, y se poblaron los días de historias, anécdotas colegiales, recetas de cocina, pequeñas confidencias y alguna que otra pregunta dirigida al limo abisal de los recuerdos de familia. Hasta que llegó aquella noche en la que, espantados por un frío milenar, luego de comer hamburguesas, buscamos refugio entre las estrechas callejuelas olvidadas por el tiempo de la colonia, y dimos con una puerta abierta que supo cobijarnos al amparo de una botella de vino caliente.

Para entonces ya éramos, claramente, un par de cómplices empeñados en vivir una vida desatadamente compartida en la hermandad de los pequeños guiños y misterios de una cotidianidad que, sin motivo aparente, se tornaba amablemente graciosa, a veces hasta la extenuación de la risa, por el sólo hecho de convivirla.

En esa pequeña mesa redonda, las palabras, mis palabras, se retrajeran frente al calor de las miradas y sólo pude, al amparo de la alta noche, formular un par de frases prosaicas y desangeladas con la desmedida pretensión de llegar a ti. Ahora que repaso estas líneas e, iluso, les doy un acomodo literario, cabe agradecer a la circunstancia que aquella noche dispuso tu benevolencia.

Poco tiempo después, publiqué un poema escrito meses antes, cuyo verso central decía: *el desgarrado pellejo del corazón se ha internado en un paraje sin retorno* que, releído aquí, entre estas palabras que te pertenecen por completo, se despoja de su aura sombría y da cuenta de un paraje, sin retorno es cierto, pero por motivos muy distintos. Una mesa repetida en torno a un humeante plato de sopa, paseos nocturnos por discotecas y diurnos por museos, café y helados en las tardes de domingo, minuciosas búsquedas de pedrería, extenuantes jornadas de trabajo filigranado, casas de amigos que nos acompañaron libros, pinturas, fotografías y muy gratos momentos, una pasarela, dos pasarelas, el esmero de tus manos al construirme cuadernos para propiciar escrituras, tantas y tantas cosas que se agolpan en la dulce memoria que te evoca. Un desfile en el que, al son de la banda fuiste, mi aparición urbana, mi vicio perdedor, mi redención, mi as bajo la manga, mi privado evangelio, mi musa dadivosa, mi lecho de resurrección, mi agua más dulce, o esa cara forma de convocarme que tiene tu nombre.

Benjamín Chávez

Desde mi rincón

Un filólogo, del Rin a los Andes

TAMBOR VARGAS



Hace exactamente medio siglo que llegaba a Cochabamba un jesuita ya maduro, a un paso de la ancianidad, a quien la vida había ido situando en una larga serie de circunstancias inesperadas y, entre ellas, varias poco o nada deseables.

Me refiero al P. Josep Maria d'Oleza i Arredondo (Palma de Mallorca, 1887 - Cochabamba, 1975) ingresó en la Compañía de Jesús cuando tenía ya 21 años de edad y había cursado seis años de estudios eclesiásticos en el Seminario de su ciudad natal. Desde el noviciado en Gandia (1908-1910), fue siguiendo todas las etapas formativas jesuíticas: Humanidades en Veruela (1910-1914), Filosofía en Gerner (Holanda) (1914-1917), en plena guerra mundial; Teología en Barcelona (1917-1920) y en Valkenburg (Holanda) (1920-1921); en Barcelona recibió la ordenación sacerdotal (1920), a los treinta y tres años, edad que por entonces no era rara entre los jesuitas.

Acabados los estudios eclesiásticos de la Orden, inició los de Filología Románica y Fonología en la Universidad de Bonn (1922-1927), al cabo de los cuales defendió una tesis doctoral sobre dialectología catalana medieval (basada en un manuscrito guardado en la catedral mallorquina). A partir de entonces su campo de actividad fue la casa de estudios de Veruela (en tierra aragonesa, al pie del Moncayo); pero no tardó en trasladarse, con ella, a Italia durante la II República y la guerra civil). Su trabajo era enseñar latín, griego y alemán.

A raíz de la nueva vinculación catalana con Bolivia y Paraguay (1950), él fue uno de los que, pese a sus 65 años, se ofreció para venir a trabajar aquí. Y así lo hizo en 1952: colaboró en la parroquia de la Compañía (Cochabamba); luego pasó al Colegio de Sucre, donde todavía tuvo curiosidad y agallas para estudiar la lengua *qhishwa* a fin de poder predicar y confesar en el campo de los alrededores de la capital, que frecuentaba los fines de semana con otro mallorquín, Gabriel Siquier (quien, después, también paradójicamente, se consagró al trabajo con los guaraníes del Itso); los últimos 15 años de la vida de Oleza transcurrieron en el noviciado y casa de estudios de Santa Vera Cruz (Cochabamba); en ella enseñó gregoriano y liturgia (eran los tiempos que antecedieron, acompañaron y siguieron al Concilio Vaticano II).

Observando el conjunto de su vida, no faltará quien, con cierta razón, encuentre en ella una desproporción entre lo que cabía esperarse de su preparación universitaria y lo que 'rindió' en las modestas funciones de docente de lenguas clásicas (y todavía peor cuando pasó a profesor de secundaria, primero en Barcelona y, luego, en Bolivia). Esta valoración debería contrastarse, sin embargo, con el hecho de que la Orden jesuítica no mide el 'rendimiento' de la formación dada a sus miembros únicamente por la dimensión científica.

Por otra parte, Oleza no se limitó a enseñar en las aulas, sino que también preparó varios textos escolares, entre los que destacan dos volúmenes de una *Gramática de la lengua latina* (Barcelona, 1945-1947) y otros de un curso de lengua griega (Barcelona, 1941-1942), que en su tiempo gozaron de varias ediciones. En Bolivia, en forma de carta (pp. V-XXII) dirigida a los autores de la *Gramática de la lengua Quechua y Vocabulario Quechua-Castellano, Castellano-Quechua* (La Paz, 1955), Joaquín Herrero y Jorge Urioste, planteó las cuestiones que implicaba la adopción de un sistema de escritura normalizador de la lengua; y acababa recomendando el que por entonces acababa de consagrar el Congreso Indigenista Interamericano celebrado en La Paz (1954). En este texto y en su publicación podemos ver el homenaje que los autores de la gramática le tributaban en reconocimiento de su alto equipamiento teórico.

Todo esto es verdad, pero -a fin de cuentas- se puede afirmar que ni en Cataluña ni en Bolivia la Compañía de Jesús no supo y Oleza no pudo aprovechar plenamente la preparación recibida y previsiblemente tan promisorio. El hecho se repetirá con muchos otros jesuitas (también de los llegados al país). Claro que existen razones o circunstancias que pueden explicar las cosas: recordemos que, al retomar doctorado de Bonn, Oleza se encontró con la dictadura de Primo de Rivera, que, entre otros rasgos, llevaba adelante una decidida campaña represiva de cuanto oliera a catalán o a 'catalanismo'; y que, bajo la presión gubernamental, el Vaticano iba haciendo también su labor 'depuradora', exiliando o apartando de la docencia o de las tareas pastorales a un pequeño grupo de jesuitas que el españolismo

acusaba de catalanismo. Y ¡Oleza acababa de especializarse en la historia de la lengua y de la literatura catalanas!

Tomando en consideración este contexto, no resulta difícil de entender que Oleza quedara irreversiblemente reciclado en la enseñanza de las lenguas clásicas. Tanto más que no tardaron en llegar sobresaltos colectivos todavía mayores: la república (que a las pocas semanas de su proclamación ya toleraba que el 'pueblo' se dedicara a incendiar templos); y a los pocos meses, la nueva constitución decretaba la supresión de la Compañía de Jesús, que para los estudiantes y sus profesores supuso el exilio en Italia y Holanda; luego, la guerra civil; y, al cabo, el inacabable franquismo, que por lo que se refiere a anti-catalanismo, desde su mismo comienzo dejó muy atrás las fobias obsesiones de la 'dictablanda'.

Todo esto se puede entender y corresponde a la más indiscutible realidad; pero uno tampoco puede dejar de lado la melancólica consideración de la vida de Oleza como una frustración: ¿o no es 'normal' que la historia 'grande' (aquella de que hablan los periódicos) triture y esterilice innumerables historias personales? No en vano, al morir Josep M. d'Oleza, su antiguo superior, colega y provincial el P. Sayós quiso recordar que en Bonn sus profesores pedían que el flamante Doctor se incorporara en su claustro... Alguien podría añadir que no sólo Oleza, sino todo hombre, al salir de este mundo, se va con alguna dosis de frustración; y que lo que los diferencia es cabalmente su bulto específico.

Puedo atestiguar que cuando, hace más de cincuenta años, por algunos meses coincidí con Oleza en Santa Vera Cruz, un inexperto como son todos los jovencitos no era capaz de descubrir en su persona el menor rasgo de la amargura que cabe esperar de un fracasado. Es que, si acaso (¿quién podría decirlo?), la música iba por dentro.



El castigo

Saint-Domingue, 1770-1793

Valmorain le notificó a Teté que partirían en una goleta americana al cabo de dos días y le dio dinero para abastecer a la familia de ropa.

—¿Te pasa algo? —le preguntó al ver que la mujer no se movía para coger la bolsa de monedas.

—Perdone, Monsieur, pero... no deseo ir a ese lugar —balbuceó ella. —¿Cómo dices, idiota? ¡Obedece y cállate!

—¿El papel de mi libertad vale allá también? —se atrevió a inquirir Teté.

—¿Es eso lo que te preocupa? Por supuesto que vale, allá y en cualquier parte. Tiene mi firma y mi sello, es legal hasta en la China.

—Luisiana queda muy lejos de Saint-Domingue, ¿no? —insistió Teté.

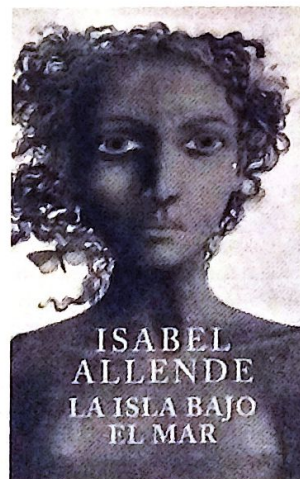
—No vamos a volver a Saint-Domingue, si eso es lo que estás pensando. ¿No te bastó con todo lo que pasamos allá? ¡Eres más bruta de lo que pensaba! —exclamó Valmorain, irritado.

Teté se fue cabizbaja a preparar el viaje. La muñeca de palo que le había tallado el esclavo Honoré en la niñez había quedado en Saint-Lazare y ahora ese fetiche de buena suerte le hacía falta. *Volveré a ver a Gambo, Erzuli? Nos vamos más lejos, más agua entre nosotros.* Después de la siesta esperó a que la brisa del mar refrescara la tarde y se llevó a los niños de compras. Por orden del amo, que no quería ver a Maurice jugando con una chiquilla rotosa, los vestía a los dos con ropa de la misma calidad, y a los ojos de cualquiera parecían niños ricos con su niñera. Según planeaba Sancho, se instalarían en Nueva Orleans, ya que la nueva plantación quedaba a sólo una jornada de distancia de la ciudad. Ya poseían la tierra, pero faltaba lo demás: molinos, máquinas, herramientas, esclavos, alojamientos y la casa principal. Había que preparar los terrenos y plantar, antes de un par de años no habría producción, pero gracias a las reservas de Valmorain no pasarían penurias. Tal como decía Sancho, el dinero no compra felicidad, pero compra casi todo lo demás. No querían llegar a Nueva Orleans con aspecto de venir escapando de otra parte, eran inversionistas y no refugiados. Habían salido de Le Cap con lo puesto y en Cuba habían comprado lo mínimo, pero antes del viaje a Nueva Orleans necesitaban un vestuario completo, baúles y maletas. *Todo de la mejor calidad, Teté. También un par de vestidos para ti, no quiero verte como una pordiosera. ¡Y ponte zapatos!*, le ordenó, pero los únicos botines que ella poseía eran un tormento. En los *comptoirs* del centro, Teté adquirió lo necesario, después de mucho regateo, como era costumbre en Saint-Domingue y supuso que también lo sería en Cuba. En la calle se hablaba español, y aunque ella había aprendido algo de esa lengua con Eugenia, no entendía el acento cubano, resbaloso y cantado, muy distinto al castellano duro y sonoro de su ama fallecida. En un mercado popular había sido incapaz de regatear, pero en los establecimientos comerciales también se hablaba francés.

Cuando terminó con las compras pidió que se las mandara al hotel, de acuerdo a las instrucciones de su amo. Los niños estaban hambrientos y ella cansada, pero al salir oyeron tambores y no pudo resistir al llamado. De una callecita a otra. Dieron con una pequeña plaza donde se había juntado una muchedumbre de gente de color que bailaba desenfadada al son de una banda. Hacía mucho tiempo que Teté no sentía el impulso volcánico de la danza en una *calenda*, había pasado más de un año asustada en la plantación, acosada por los aullidos de los condenados en Le Cap, huyendo, despidiéndose, esperando. Le subió el ritmo desde las desnudas plantas de los pies hasta el nudo de su *tiqnon*, el cuerpo entero poseído por los tambores con el mismo júbilo que sentía al hacer el amor con Gambo. Soltó a los niños y se unió a la algarazara: esclavo que baila es libre mientras baila, como le había enseñado Honoré. Pero ella ya no era esclava, era libre, sólo faltaba la firma del juez. ¡Libre, libre! Y vamos moviéndonos con los pies pe-

gados al suelo, las piernas y las caderas exaltadas, las nalgas girando provocadoras, los brazos como alas de gaviota, los senos zamarreados y la cabeza perdida. La sangre africana de Rosette también respondió al formidable requerimiento de la música y la niña de tres años saltó al centro de los danzantes, vibrando con el mismo gozo y abandono de su madre. Maurice, en cambio, retrocedió hasta quedar pegado a una pared. Había presenciado algunos bailes de esclavos en la *habitación* Saint-Lazare como espectador, a salvo de la mano de su padre, pero en esa plaza desconocida estaba solo, succionado por una masa humana frenética, aturcido por los tambores, olvidado por Teté, su Teté, que se había transformado en un huracán de faldas y brazos, olvidado también por Rosette, que había desaparecido entre las piernas de los bailarines, olvidado por todos. Se echó a llorar a gritos. Un negro burlón, apenas cubierto por un taparrabos y tres vueltas de vistosos collares, se le puso por delante saltando y agitando una maraca con ánimo de distraerlo y solo consiguió aterrorizarlo aún más. Maurice salió volando a todo lo que le daban las piernas. Los tambores siguieron retumbando por horas y tal vez Teté habría bailado hasta que el último se callara al amanecer, si cuatro manos poderosas no la hubieran cogido por los brazos y arrastrado fuera de la parranda.

Habían pasado casi tres horas desde que Maurice salió corriendo por instinto hacia el mar, que había visto desde los balcones de su suite. Estaba descompuesto de susto, no se acordaba del hotel, pero un niño rubio y bien vestido, llorando encogido en la calle, no podía pasar inadvertido. Alguien se detuvo para ayudarlo, averiguó el nombre de su padre y preguntó en varios establecimientos hasta que



dio con Toulouse Valmorain, quien no había tenido tiempo de pensar en él; con Teté su hijo estaba seguro. Cuando logró sonsacarle al chico, entre sollozos, lo que le había pasado, partió hecho una tromba en busca de la mujer, pero antes de una cuadra se dio cuenta de que no conocía la ciudad y no podría ubicarla; entonces acudió a la guardia. Dos hombres salieron a cazar a Teté, valiéndose de las vagas indicaciones de Maurice, y pronto dieron con el baile en la plaza por el ruido de los tambores. Se la llevaron pateando a un calabozo y como Rosette lo siguió chillando que soltaran a su mamá, la encerraron también.

En la oscuridad sofocante de la celda, fétida de orines y excremento, Teté se recogió en un rincón con Rosette en los brazos. Se dio cuenta de que había otras personas, pero tardó un buen rato en distinguir en la penumbra a una mujer y tres hombres, silenciosos e inmóviles, que esperaban su turno para recibir los azotes ordenados por sus amos. Uno de sus hombres llevaba varios días

reponiéndose los primeros veinticinco para sufrir los que le fallaban cuando pudiera soportarlos. La mujer le preguntó algo en español, que Teté no entendió. Recién empezaba a medir las consecuencias de lo que había hecho: en la vorágine del baile abandonó a Maurice. Si algo malo le había sucedido al niño, ella lo pagaría con la muerte, por eso la habían arrestado y estaba en ese hoy asqueroso. Más que su vida, le importaba la suerte de su niño. *Erzuli, loa madre, haz que Maurice esté a salvo. ¡Y qué iba a ser de Rosette?* Se tocó la bolsa bajo el corpiño. No eran libres todavía, ningún juez había firmado el papel, su hija podía ser vendida. Pasaron el resto de esa noche en el calabozo, la más larga que Teté podía recordar. Rosette se cansó de llorar y pedir agua y por último se durmió adormecida. La luz implacable del Caribe entró al amanecer entre los gruesos barrotes y un cuervo se posó a picotear insectos en el marco de piedra del único ventanuco. La mujer empezó a gemir y Teté no supo si era por el mal augurio de aquel pájaro negro o porque ese día le llegaba su turno. Pasaron horas, el calor aumentó, el aire se hizo tan escaso y caliente que Teté sentía la cabeza llena de algodón. No sabía cómo calmar la sed de su hija, se la puso al pecho, pero ya no tenía leche. A eso del mediodía se abrió la reja y una gruesa figura bloqueó la puerta y la llamó por su nombre. Al segundo intento Teté logró ponerse de pie; le flaqueaban las piernas y la sed le hacía ver visiones. Sin soltar a Rosette avanzó a trompicones hacia la salida. A su espalda oyó a la mujer despedirla con palabras conocidas, porque se las había oído a Eugenia: Virgen María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores. Teté contestó para sus adentros, porque no le salió la voz entre los labios secos: *Erzuli, loa de la compasión, protege a Rosette.* La llevaron a un patio pequeño, con una sola puerta de acceso y rodeado de altos muros, donde se alzaban un patíbulo con una horca, un poste y un tronco negro de sangre seca para las amputaciones. El verdugo era un congo ancho como un armario, con las mejillas cruzadas de cicatrices rituales, los dientes afilados en punta, el torso desnudo y un delantal de cuero cubierto de manchas oscuras. Antes de que el hombre la tocara, Teté empujó a Rosette y le ordenó ponerse lejos. La niña obedeció lloriqueando, demasiado débil para hacer preguntas. *¡Soy libre! ¡Soy libre!*, gritó Teté en el poco español que sabía, mostrándole al verdugo la bolsa que llevaba al cuello, pero la zarpa del hombre se la arrebató junto con la blusa y el corpiño, que se rajaron al primer tirón. El segundo manotazo le arrancó la falda y quedó desnuda. No intentó cubrirse. Le dijo a Rosette que se pusiera de cara al muro y no volteara por ningún motivo; luego se dejó llevar al poste y ella misma extendió las manos para que le ataran las muñecas con sogas de sisal. Oyó el silbido terrible del látigo en el aire y pensó en Gambo.

Toulouse Valmorain estaba esperando al otro lado de la puerta. Tal como había instruido al verdugo, por la paga habitual y una propina le daría un susto inolvidable a su esclava, pero sin dañarla. Nada serio le había ocurrido a Maurice, menos mal, y al cabo de dos días partían de viaje; necesitaba a Teté más que nunca y no podría llevarse la recién azotada. El látigo se estrelló sacando chispas contra el empedrado del patio, pero Teté lo sintió en la espalda, el corazón, las entrañas, el alma. Se le doblaron las rodillas y quedó colgada de las muñecas. De muy lejos le llegó la risotada del verdugo y un grito de Rosette: *¡Monsieur! ¡Monsieur!* Con un esfuerzo brutal pudo abrir los ojos y girar la cabeza. Valmorain estaba a pocos pasos y Rosette lo tenía abrazado por las rodillas, con el rostro hundido en sus piernas, ahogada en sollozos. Él le acarició la cabeza y la tomó en brazos, donde la niña se abandonó, inerte. Sin una palabra para la esclava, le hizo una seña al verdugo y dio media vuelta rumbo a la puerta. El congo desató a Teté, recogió su ropa rota y se la dio. Ella, que instantes antes no podía moverse, siguió a Valmorain deprisa, tambaleándose, con la energía nacida del terror, desnuda, sujetando sus trapos contra el pecho. El verdugo la acompañó a la salida y le entregó la bolsa de cuero con su libertad.

Isabel Allende, Perú, 1942. Escritora.



Las flores del mal en la política



Hugo C. F. Mansilla

Preocupaciones recurrentes en la historia de las ideas en Bolivia son los fenómenos del autoritarismo, el totalitarismo y el populismo, pero a la vez el olvido, la indiferencia y el desconocimiento prevalecen en sectores académicos y segmentos universitarios de la sociedad. A principios del siglo XX, el estudioso Tomás O'Connor d'Arlach nos presentó un trabajo titulado *Rosas, Francia y Melgarejo* (1914), donde hace un análisis comparativo de las dictaduras de Juan Manuel de Rosas de Argentina, José Gaspar Rodríguez de Francia de Paraguay y Mariano Melgarejo de Bolivia. El autor afirma que la única semejanza que halló entre ellos es el haber llegado al poder no por el voto del pueblo como lo prescribe la ley fundamental de la democracia, sino por su sola voluntad y audacia, despreciando la voz del pueblo, rasgando sus constituciones políticas y burlándose de los principios republicanos. O'Connor d'Arlach, fiel a su época e influenciado por el positivismo francés, trata de explicar a este fenómeno con las doctrinas de Gall, Lavatier y Lombroso que consideraban estos actos autoritarios como una enfermedad de la humanidad. La conclusión que llega el autor de principios de siglo XX es que sería imposible tener otra vez un Rosas, un Francia y un Melgarejo. Su estudio estaba destinado simplemente para el recuerdo de la memoria colectiva de estos tres tiranos que fueron –según el autor– superados por la historia.

La ensayística esbozada en el siglo XX nos muestra aspectos recurrentes en torno a los fenómenos del autoritarismo, el totalitarismo y el populismo en distintos regímenes políticos y vertientes variadas donde en algunos casos llegaron a consolidarse y ser perceptibles en la praxis política. El filósofo boliviano René Antonio Mayorga esboza la temática del populismo con su estudio *Antipolítica y neopopulismo* (1995), donde hace un análisis comparativo del Perú, Brasil y Bolivia. En los años noventa los actores políticos que preocuparon a Mayorga fueron Collor de Melo en el Brasil, en el Perú el llamado entonces tsunami Alberto Fujimori, y en el caso boliviano el surgimiento de los partidos neopopulistas: CONDEPA y UCS. Los tres estudios de caso tienen como aditamento a la democracia. Mayorga ve una “nueva” pero a la vez “vieja” forma de hacer política en democracia que fue acuñado como el fenómeno de los *outsiders*. El autor plantea tres cuestiones de análisis: (1) El discurso político; (2) el contexto político que emergieron estos “nuevos” actores neopopulistas y, (3) los diferentes impactos y consecuencias de la antipolítica sobre las perspectivas institucionales de la democracia en estos países latinoamericanos.

El estudio que hicieron en su momento Tomás O'Connor d'Arlach y René Antonio Mayorga de épocas muy distintas y actores muy diferentes entre sí, nos muestra esta compleja y constante preocupación en las ciencias sociales. Como acerta-

damente señaló Mayorga: “El neopopulismo [con todas sus imbricaciones] estará mucho tiempo en la palestra y es una temática que constituye un terreno por desbrozar y merece ser objeto de investigación sostenida”.

Acaba de publicarse el estudio de H. C. F. Mansilla titulado *Las flores del mal en la política. Autoritarismo, populismo y totalitarismo*. (Santa Cruz de la Sierra, Editorial El País, 2012). Mansilla es probablemente el más fecundo de nuestros ensayistas en el campo de la filosofía y la ciencia política. Con anterioridad nos presentó *Los problemas de la democracia y los avances del populismo* (2011), donde ya nos esbozó algunos aspectos del populismo y el autoritarismo.

Se puede afirmar que *Las flores del mal en la política* nos remite a la tesis central que detrás de algo “inofensivo”, “esperanzador” o “bello”, como son las cálidas y multicolores flores de la naturaleza, está simultáneamente o paralelamente una constante antropológica dentro de la filosofía política que es la toma o conservación del poder. Como claramente advierte el sociólogo Max Weber: “El mundo está regido por los demonios y que quien se mete en política, es decir, quien accede a utilizar como medios el poder y la violencia, ha sellado un pacto con el diablo, de tal modo que ya no es cierto que en su actividad lo bueno sólo produzca el bien y lo malo el mal, sino que frecuentemente sucede lo contrario”. Al respecto Mansilla acertadamente señala: “El autoritarismo y los otros infortunios de la esfera política tienen la suerte de cautivar a muchos intelectuales, escritores y artistas, que, a su vez, se consagran a cantar y a justificar los fastos de estos regímenes. Una parte importante de la población respectiva se siente atraída por diversos mecanismos de encandilamiento masivo que irradian estos experimentos sociales, y los elementos de este hechizo colectivo son percibidos a menudo como flores agraciadas y seductoras”.

Las flores del mal en la política es una colección de ensayos que nos muestra cuatro enfoques para el estudio del autoritarismo, populismo y totalitarismo que aparecen consecutivamente y pueden ser estudiados indistintamente: (1) La religiosidad popular y las tradiciones culturales que juegan un rol peligroso al predisponer a la población a la aceptación de gobiernos y caudillos que piensan y deciden en nombre de los pueblos; (2) Los ideales igualitaristas y utópicos son muy importantes en el imaginario popular para la conformación de la mentalidad colectiva. Los regímenes populistas los alimentan vigorosamente y, al mismo tiempo, construyen élites muy privilegiadas que monopolizan las decisiones políticas; (3) Las masas y los intelectuales favorables a estos gobiernos piensan en oposiciones binarias elementales “patria/antipatria”, que simplifican una problemática compleja, lo que facilita la manipulación de la población respectiva de parte de las élites políticas, y (4) Los regímenes populistas y autoritarios se sirven de ideologías legitimatorias que destacan el carácter único e incomparable de los mismos, cuando en realidad estos modelos significan una marcada regresión en el campo histórico y un claro retroceso en el terreno constitucional.

El punto de vista de H. C. F. Mansilla nos señala que las distintas vertientes en que se origina el autoritarismo, el populismo y totalitarismo tienen un tronco único, pero tienen ramificaciones distintas. El autor resalta que estas imbricaciones no son fenómenos recientes, sino en base a un estudio comparativo nos va mostrando ciertos aspectos recurrentes, constantes y reelaboraciones del ingenio político en el siglo XX y principios del siglo XXI. Se puede afirmar que los pueblos en todas las épocas y contextos al escuchar las flores vertidas por los políticos como: “modernización”, “revolución”, “nacionalización”, “socialismo”, “cambio”, “empleo”, “salir de la crisis”, “vivir bien”, etc., justifican o hacen que se conserve el poder. Mansilla indica

que los gobiernos actuales de Bolivia, Ecuador, Nicaragua y Venezuela han surgido de elecciones libres y cuentan aun hoy con un amplio respaldo popular, pero no necesariamente este apoyo masivo es según la locución latina la correcta: *vox populi, vox Dei* (voz del pueblo, voz de Dios), sino el autor llama la atención sobre los aspectos adjuntos que traen consigo los regímenes populistas a largo plazo como la consolidación de una tradición autoritaria, el descalabro de la institucionalidad estatal, la exaltación de las diferencias culturales, étnicas, etc., entre muchos otros aspectos que identifica el autor. Félix Reyes Ortiz a finales del siglo XIX anota en sus *Escritos políticos*: “Nuestro propósito se reduce a una sola palabra *agradar*. Cuántos esfuerzos, fatigas y sinsabores, cuántos desengaños, luchas, crisis y decepciones por las que tienen que pasar los gobiernos para llenar esta misión y está destinado o ligado a una causa que es el pueblo”.

La Sagrada Biblia señala en la *Epístola de Tito*, 1:15: “Para los puros, todas las cosas son puras, más para aquellos que están corrompidos nada es puro, sino que aún su mente y su conciencia están corrompidas”. Según la interpretación subjetiva que concibo es que los llamados “puros” son el pueblo en su conjunto que cree en las flores esperanzadoras lanzadas por los políticos y los “impuros” son aquellos que no caen en esa ingenuidad de la pureza del pueblo. Los impuros son los espíritus críticos que encuentran o ven con escepticismo a los regímenes populistas que a menudo tienen una envoltura agradable a los oídos de los puros. Por consiguiente, no son infundados ni vanos, los prestigios de que ya goza H. C. F. Mansilla como ensayista en el campo de las ciencias sociales. En conclusión podemos decir que este libro –en lo que hace a sus finalidades– abre espacios de discusión, debate y cuestionamiento por parte de los impuros escépticos.

Freddy Zárate.
La Paz. Abogado y escritor



H. C. F. Mansilla

**Las flores del mal
en la política**

AUTORITARISMO
POPULISMO Y TOTALITARISMO





Luis Fuentes Rodríguez

Potosí. Poeta, maestro y escritor. Ha publicado, entre otros: *Sambo* (1958); *Elegía para el niño que fui*; *Las muertes de Cristo* (1968); *Antología de poesía boliviana para niños* (1969); *Nilo Soruco Arancibia* (estudio-2001). Distinciones: *Primer Premio de Poesía* de la UTO (1969); *Primer Premio IV Centenario de Cochabamba*.

Luz Aparicio de Fuentes

Tarija. Poeta, maestra y narradora. Ganadora de distinciones nacionales, tiene publicaciones en medios de difusión local y nacional. Su poesía ilumina, está habitada por Dios. Exalta la vida porque ama en nombre de los que olvidan. Desde su *pago*, cual parras en flor, extiende sus versos para tornar en coplas el amor.

Sonetos

I

Mojada de rocíos consagrados,
la chica del mandil se va a la escuela.
Tras ella, un aire de gardenias vuela
¡Y el claror de unos lirios perfumados!

Una corona de astros ensoñados
ciñe su frente de bruñida estela.
Si parece, al andar, una gacela
que deja limpias huellas en los prados.

¡Cuán inocente es! ¡Cuán dulce!
¡Es una lámpara cubierta de turpiales!
Una perla de incienso en la pavesa.

A esta hora frutal los manantiales
la ven pasar ¡airosa la cabeza!
(el alma blanca y la plegaria pura)

II

A Mario Guzmán, de Manaus

Seguro que habrá huesos astillados
cuando peche el viento contra el cacto.
Sobre él, el amor ha establecido un pacto:
¡Habrás días de trinos constelados!

En el nido los pájaros callados
cubren los huevecillo en el acto.
Dice él: Todo parece que está intacto,
(¡Los picos de la muerte están sellados!)

Mas ¡ay! ¡Fustiga el viento de la puna!
Que dando arremetidas, trota y sube
al silencio mortal, con su alboroto.

Como queriendo desgarrar la luna
(Que acaricia en sus brazos una nube)
¡Todo, menos el nido, queda roto!

III

Dormido entre ángeles azules
yaces callado, con tu lira de oro.
¿Me oyes? ¡Ha enmudecido el coro!
Se han derrumbado los invictos tules.

¡Oh mojado silencio en los azules
espejos rotos ¡astillados de oro!—
no tañerán campanas en el coro
ni habrá lirios ni brillantes tules.

Tú te has ido, con ellos, al misterio.
Nos has dado la espalda con tu huida.
Te alejaste, de pronto, con tu muerte.
Hoy me abrigo y mañana ¿qué misterio

te rescatará, hermano, de tu huida?
¡Voy detrás de tu sombra, con mi muerte!

IV

Eres la memoria de un cofre puro
—pequeño búcaro de oro y plata—
Las gardenias que, en la luz, Él desata.

En ti, hijo del alma, no hay nada impuro.
¡La luz es bendecida! ¡Es siempre grata!
—Celador del amor que te delata
como un leño del sol brillante y puro.

Tú estuviste a mi lado en la dolencia
¿Te quedaste conmigo en la fortuna?
¡Ella pasó... como una mariposa!

Viene de ti una aureola sigilosa
así en la noche, la brillante luna...
¡a develar la paz de tu presencia!

Luis Fuentes Rodríguez

El retorno

En largos años desmenucé mi vida,
caminando...
¿Dónde olvidé tu flor?
¿Dónde mi aurora?
Yo corría tras de ti, con la premura
de abrigar tus manos en las mías.
¡Nunca te alcancé!
Tú siempre ibas delante
—extraviado en los caminos—.
Yo sólo percibía
el rumor de tu carrera
lejos de mis ansias y el pulso de mi sangre.
El viento que apuraba mis espaldas
—cansado y viejo—
se quedó dormido
en el primer vado del río.

¡Ay! ¡Cuán te amé!
Cómo perseguí las huellas
de tus pasos,
¡con mi temura de otoño!
con mi voz desmelenada de angustias apagadas,
con mis pasos urgiendo las tristezas.
Te busqué en el aguacero
¡siempre en fuga!
En esas tardes redondas
cuando descansaba el sol
entre los sauces
y en los mágicos relentes
azuleados de violetas.
¡Todo fue en vano!
El rescoldo de la fragua

hizo heridas en mis ojos.
Se apagaron mis lágrimas
y mi voz se hizo silencio.

Ya no supe más de endechas
ni del verdor de mis ansias.
¡Sin embargo, en el fondo de mi alma
nació un as pequeño de esperanza.
Entonces, retorné
al pago donde nacimos.
Mi cuerpo estaba enfermo,
¡los pies cargando largos cansancios
de senderos desolados!
No encontré tu amor
¡ni mi nombre escrito en tu ventana!

Desolación

La casa solariega
de mis padres
ha envejecido
lejos de mi tiempo y de mi sangre.

La fronda que la ceñía
ya no es sombra ni fragancia.
¡Es silencio
y es olvido que lastima
y se desangra!
Han emigrado los pájaros
es silencio
y es olvido.

El río que en la hondura
se iba azuleando las piedras
hoy —agotado y triste—
se ha vuelto un hilo de lágrimas
que se escurre furtivo
en su agonía.

El homo de la casa
hecho de adobe
y aromado de molles
no es sino escombros
trajinados
por las sombras.
Por aquellas
que retoman
a llorar
un pasado
que amarraron
en las horas
que fueron risa y canto.

La casa de mis padres
está sola
en su agonía.

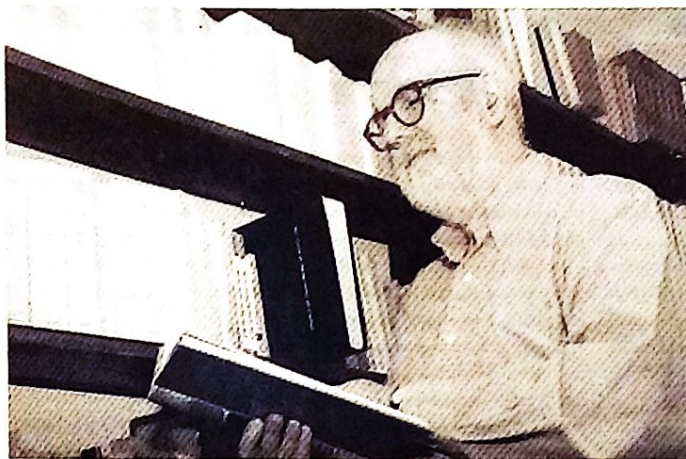
Luz Aparicio de Fuentes

El duende es una criatura quimérica que personifica el espíritu fantástico de los pueblos, para simbolizar valores de raigambre humana e imbricarse en los senderos de la manifestación estética. Ocurrió una vez, cuando el vate Alberto Guerra recibía en su natal Oruro al sensitivo poeta Luis Fuentes Rodríguez; el ilustre huésped, presa del embrujo de una ciudad abierta al afecto, musitó una expresión próxima a la plegaria: *Hay un algo inexplicable en esta tierra... una magia immanente. No cabe duda: ¡Oruro tiene duende!* Entonces Alberto no vaciló en sellar con la nominación *El Duende* al boletín cultural que apareció por vez primera en junio de 1988 y que en julio de este año alcanzó la edición n° 500.



Una nueva obra de Josep M. Barnadas

El académico de la Lengua, Alfonso Gamarra Durana, comenta la obra autoconmemorativa del historiador boliviano nacido en Cataluña, Dr. Josep M. Barnadas: "Una biblioteca singular y otros escritos sobre libros"



Segunda y última parte

El escritor

El fundamento de una bibliofilia cuidadosa surge cuando el rancio prestigio de las páginas de un libro cede su sitio a la fama instantánea que surge en el autor cuando levanta la cártula y deja correr su predisposición de investigador. En ese momento debe examinarse, definirse, autoteorizarse, para llegar al conocimiento de sí mismo y confirmar si ha nacido para aislarse del mundo y concretarse en los valores escritos. Su afición lo lleva a abdicar como sujeto, pues se tiene que introducir en una vida real, pero ascética, como para que su único propósito le dé plenitud en la conciencia. La labor del bibliófilo es resultado de un esfuerzo puramente práctico, de saber buscar en el pasado para redactar en el presente; y, en el papel de crítico, ser un escritor de léxico depurado. Con el transcurso del tiempo, cuando está terminada, la obra del bibliófilo deslumbra si hay efectos, y las ventajas esplenden en el flujo de elementos heterogéneos, que, al resultar en datos, dejan de estar sospechados, olvidados o ignorados.

La autenticidad de ese ser está en que forma su obra interiormente. La va moldeando a veces por años, tal vez ni le interesa el control de su imagen, y, sin embargo, termina ejecutando un escrito favorable para los demás. El premio obtenido es una mayor experiencia civil y ética, largamente perfeccionada, consecuente con la fe que lo anima, llevando su vocación como una prédica. Y así lo dice Barnadas en otros capítulos del tomo, que hay "libros para aprender y para vivir", y los va destacando, unos como admirables, y otros como ejemplares, que sirven para encandilar, y por eso leerlos y releerlos varias veces, e imitarlos cada vez que se pueda.

Una biblioteca

Cuando ingresamos a una biblioteca grande, aglomeración inconcusa de tratados, penetramos en un recinto místico, donde en lugar de ídolos y sahumerios se percibe el olor del papel seco y se columbran las encuadernaciones antiguas; ni siquiera se siente el revolotear de espectros, sólo un laberinto organizado para ganar espacios, y en los lomos pueden leerse títulos, aparentemente subversivos, en idiomas como alemán, inglés, catalán, latín, etc.

En el interior se experimenta una pérdida de libertad porque el individuo creador se transforma en objeto, que es pasible de análisis físico, y la fuente escrita de información deriva en ente vivo porque se activa peculiarmente, y puede ocasionar el hallazgo de discusiones sobre las querellas de las

coyunturas, la trayectoria lógica de las edades, las principales tradiciones y arquetipos de las circunstancias del género humano.

Todas estas características del autor y su biblioteca se adaptan perfectamente al Dr. Barnadas, porque de acuerdo con las gúfas de búsqueda, que ha tenido como leit motiv de su vida, se encuentran en sus anaqueles. Que en este sentido es dueño de una visión de corroboración más fidedigna que la mayoría del resto de los intelectuales, a tal punto que lo destacable sería que su obra escrita sea tomada como esencia de lo que saben los libros-objeto.

En la biblioteca yacen los títulos protegidos del olvido, prueba de una escrupulosidad incansable del coleccionista, porque no caben simplemente en las filas del depósito para mostrarse a la vista, con el interés de conservarse para la posteridad y de concederle un mérito al dueño que es el autor. El merecimiento importante está en que Barnadas va construyendo evidencias con pedazos descubiertos de las certidumbres conflictivas, y en los intersticios creados por la investigación se contestan las interrogantes sobre el tiempo pasado, el sentido de las existencias, y las posiciones humanas levantadas en el mundo.

Esto nos dice confidencialmente que no somos amos de los volúmenes, y que queremos convencernos que los conservamos como propios, y sólo somos rehenes de ellos.

Contenido

¿Y cuál es el contenido de su thesaurus? ¿Lo que origina sus intuiciones explicables, su obsesión personal? Quisiera reducirme a miniaturas lingüísticas para resumir ese imposible.

Es un viajero que cumple su itinerario sobre el mundo alojándose en los postulados de cada libro. Sus estancias dependen de la discreción en los comentarios, la credulidad en los escritos antiguos, la confianza en los discursos de la humanidad. Parece no tener apuro en su cometido ni punto cardinal ya escogido, por eso se detiene, acompañado de la reflexión, en los anales y en algunos ámbitos literarios, que son la parte más difícil para encauzar los lineamientos generales de la historiografía.

Porque muchas veces es necesario subordinar la obra a la vida del escritor, animada de una poderosa intuición, que se conduce a lo largo de hitos propios, científicamente cognoscibles en las disciplinas de la historiografía, al ceder la palabra a facultades consideradas superiores (lingüística, sociología, psicoanálisis) afianza sus aseveraciones. Proporciona una visión clara, casi siempre desde los siglos en que la actividad de la caridad cristiana se ejercía en los continentes

conocidos, intentando construir una ciencia de las misiones, y arribar a los acontecimientos caóticos en que lo racial, lo económico, la codicia de espacios, producían las dudas de identidad y del sentido existencial en todas las regiones del orbe. Por eso, todos los que leen, comprendiendo su trabajo, le encomian.

Fácilmente se entiende el papel de anticuario que desempeña el autor, que quiere hacer una recuperación del pasado en el presente. Intenta razonar las reacciones colectivas pero remotas, haciéndolas objetivas; colocándolas quizá en un contorno universal. Cualquier pista encaminada a complementar la comprensión de los hechos es servible. Sin embargo puede caer en una telaraña de doctrinas y teorías; cruzarse en los caminos de sucesos y actitudes falsas, de fingidas matrices, de aspectos insustanciales.

Lo que se encuentra entre los papeles antiguos son ya fastos anacrónicos, que no pueden ofrecer innovaciones; el historiador no sólo entendiendo lo básico sino utilizando la experiencia como sentido, se cuida de no ser llevado por arenas movedizas, de esas que cuando determinada circunstancia histórica pasa, algo del episodio puede esfumarse o ampliarse. Es decir que no se puede creer que todos los documentos dijese imparcialmente la efectividad de lo verídico, que hay que reflexionar para evitar el absurdo, rechazando las excepciones obvias, utilizando primeras fuentes para que no reviente el asunto protagonista.

Ya Barnadas ha enseñado que conserva la rectitud de una plomada, gracias a su infatigable prolijidad, que le lleva a adentrarse en los adarves de los escritos. Sigue un solo fin, como expresión asimismo de la particularidad del crítico, tiene categorías clasificatorias, en las que sus datos históricos se subordinan en marcas, que su práctica de toda una vida le ha enseñado. Es que ha tenido un método para perseguir, hallar, estudiar y clasificar los libros. Sus trabajos, publicados en distintas épocas, en distintos medios, obedecen al criterio uniforme de su lógica.

Fin

EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Brasil

Antecedentes. Cuando llegaron los colonizadores europeos, los indios que habitaban el Brasil practicaban el canto, la danza y el uso de instrumentos para acompañar las ceremonias rituales y guerreras. Iniciada la conquista, es en Bahía y Pernambuco donde se manifiestan los primeros intentos de música culta. En 1549, el sacerdote Manuel de Nobrega funda un seminario que instruyó a los indígenas en el canto sagrado y el drama religioso. También establece en Santos un colegio de enseñanza de música sacra. En Río de Janeiro (1567), el francés Carlos Lery se admira al escuchar a 600 indios cantar a coro en los servicios divinos. Entre tanto, la música profana se concreta a las *cantigas* portuguesas, indolentes y monótonas.

Cuando Brasil está bajo el poder español (1578), se cultiva además los boleros, zapateados, fandangos y seguidillas. A partir de 1609, con la liberación de esclavos indios, se inicia la importación de esclavos negros de África, quienes también contribuyen a la formación del folclore nacional. Su acento, el ritmo elemental y la fuerte religiosidad, ahogan la nostalgia del suelo nativo, la libertad perdida y hallan eco en el conquistador que tiene a su vez *saudade* de su patria lejana. De estos tres elementos, el indígena, el negro y el europeo, nace la música brasileña. Los holandeses que entre 1624 a 1641 ocupan el nordeste del país, también dejan un floreciente desarrollo cultural y musical.

La primera creación eminentemente nacional fue la *modinha*. Nacida en Bahía, su popularidad se extendió hasta llegar a la Corte de Portugal. En la segunda mitad del siglo XVIII florece la Escuela Musical en Minas Gerais. Francisco Curt Lange, ha exhumado gran número de manuscritos que evidencian un acervo valioso. Figuras destacadas de esa escuela fueron los músicos mulatos José Joaquim Emerico Lobo de Mesquita, Marcos Coelho Netto, Francisco Gomes da Rocha y Joaquim de Souza Lobos. En 1808, se establece la Corte portuguesa en Río de Janeiro y la música desarrolla espléndidamente; llegan músicos europeos para la capilla real, cuenta además con una orquesta y un cuerpo de sopranos de alto nivel. Destacan en este período: José Maurício Nunes Garcia (1767-1830), considerado el padre de la música nacional; Marcos Portugal (1762-1830), célebre compositor portugués que residió en Brasil desde 1811 hasta su muerte; Segismundo Neukomm (1778-1858), alumno de Haydn; Damián Barbosa de Araujo (1778-1856), violinista y autor de música sacra, y José Rebouças (1789-1843).

En 1813 se inaugura el Teatro Real de São João en Río de Janeiro. El viajero inglés Alexander Caldeleugh lo llama el primer teatro de Sud América afirmando que los conciertos de la Real Capilla de Música en la Corte del Emperador estaban dispuestos como las de Lisboa; no se evitaban gastos para que la función fuera enteramente digna del tema.

Sopranos en número de catorce o quince, unían sus voces peculiares en la música de Marcos Portugal y de los mejores compositores de música sagrada, formando, en conjunto, una calidad de melodía debidamente apreciada.

El progreso de la música brasileña se debió, en gran parte, al emperador Pedro I (1798-1836), destacado compositor y autor del primer Himno Nacional. Al subir al trono su hijo, Pedro II, se fundan escuelas de música dirigidas por maestros de renombre, hasta se realizan gestiones en 1843 para que Wagner se establezca en el Brasil, propósito que no se concreta. Francisco Manoel da Silva (1795-1865), compone el definitivo Himno Nacional en 1831 y, junto con el músico español José Amat, funda la Academia de Música Nacional. En 1857 se inicia el período de la ópera nacional, fecundo como ninguno en América. Egresado de este Conservatorio Carlos Gomes (1846-1896), primer músico americano de relieve internacional.

Música republicana. Surgida la República en 1889, al año siguiente se crea el Instituto Nacional de Música dirigida por Leopoldo Miguez. Aparecen los conservatorios de Pará, Curitiba, Pernambuco, Bahía, Petrópolis, Porto Alegre y San Pablo. En este período sobresalen los compositores: Elías Álvares Lobo (1834-1901); João Gomes de Araújo (1846-1942); Alberto Nepomuceno (1864-1920); Enrique Oswald (1852-1931); Francisco Braga (1868-1945); João Baptista Juliao (1886); Leopoldo Miguez (1850-1902); Ernesto Nazareth (1863-1937); Barrozo Netto (1881-1941); Heitor Villa-Lobos (1881); Francisco Casabona (1894); Oscar Lorenzo Fernández (1897-1948); Brasilio Iúberé

(1896); Francisco Mignone (1897); Juan Octaviano (1896); Jaime Ovalle (1894); Assis Republicano (1897); Dinorá de Carvalho (1905); Eleazar de Carvalho (1912); José Vieira Brandão (1911); Radamés Gnattali (1906); Hans Joaquim Koellreuter (1915); Claudio Santoro (1919) y João Itabará da Cunha (1870-1953).

Corriente nacionalista. Esta corriente nació con *La Sertaneja*, rapsodia para piano compuesta por Brasilio Iúberé da Cunha en 1860. Se suman Alexander Levy (1865-1892); Alberto Nepomuceno (1864-1920); Joaquim Antonio Barrozo Netto (1881-1941); Francisco Braga (1868-1945) y Ernesto Nazareth (1863-1934). En el siglo XX, el movimiento brilla a través de Heitor Villa Lobos, uno de los compositores más prolíficos del mundo. Sus obras suman más de 700 creaciones que van desde los Choros, las Bachianas y música de cámara. También cabe resaltar la labor de Oscar Lorenzo Fernández (1897-1948); Francisco Mignone (1897), Mario de Andrade, Renato Almeida y Luis H. Correa de Azevedo.

En 1908, se crea en Río de Janeiro la Sociedade de Concertos Sinfónicos dirigida por Francisco Braga; la Sociedade de Concertos Sinfónicos de San Pablo inicia actividades en 1921 y la Orquesta Sinfónica Brasileira en 1940.

Danza. Entre las principales danzas tradicionales brasileñas están: el cate reté, la embolada, el maracatu, la chiba, el cururú, la macumba, el batuque, la conga, el maxixe, la samba, el jongó, etc. Los frevos derivan de antiguas representaciones de Navidad.

Eric Blom. "Diccionario de la música", 1986

